



# EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXII

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9343

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 1'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

JUEVES 22 DE DICIEMBRE DE 1892.

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

## ANTIGÜEDADES

Se compran, y con preferencia, alhajas, tapices, bordados, encajes y muebles franceses.

Hotel de Francia, habitación número 4.

**M.<sup>me</sup> LEONIE BROUIN,**  
MODISTA DE SOMBREROS

Ha llegado á esta población con un magnífico y variado surtido de sombreros, su representante doña Pura Diaz, con quien podrán entenderse las señoras que necesiten sus servicios.

CALLE MAYOR 3, PRINCIPAL.

## FUEGO Y CALOR.

COCINAS FRANCESAS con varios fogones, horno para asados y pastas. Depósito para agua caliente, forma artística y fundición esmerada.

CHIMENEAS de mármol de Italia y Macael, con puertas de corredera.

ESTUFAS Chauberski, varios tamaños y artístico decorado.

Exposición y venta, MUSEO COMERCIAL.—Puerta de Murcia.

## TURRON

El tan conocido turron de... más, que viene poniendo su puesto de venta todos los años en la calle Mayor, lo ha hecho en el presente en la calle de Medieras número 3, y Mayor 21, lo que avisa á su numerosa clientela.

## VINOS

Cette 17 Diciembre 1892.

En nuestro boletín anterior dábamos una reseña del estado presente de los mercados franceses respecto á los vinos españoles.

La calma en el comercio, antes bien parece acentuarse en la calma en todos los principales centros comerciales.

Los pocos negocios que se realizan son insignificantes y carecen de importancia. Las fiestas que an á principiar y los balances que por esta época del año practican siempre las casas de comercio no son tampoco los días más á propósito para que se reanuden y cobren animación las interrumpidas operaciones.

De otra parte las continuas modificaciones que sufre el proyecto del impuesto sobre las bebidas, la negación del aumento de licencias de los que las expenden, el aumento de derechos sobre el alcohol y la demora en la aprobación de la Convención Franco Suiza, por la marcada influencia que puede tener para la celebración de un nuevo tratado con España, ha tenido y tiene en expectación á la mayoría de los negociantes que no quieren determinarse á efectuar compras en gran escala.

Los nuevos derechos que se han asignado al alcohol y que los hacen subir de 156 á 245 francos por grado y por hectólitro, ha de influir, cuando se ponga en vigor la ley, como es natural, en todos nuestros vinos que tengan más de 11 grados

que se destinen al consumo francés.

Las importaciones, no obstante la calma que señalamos, siguen siendo de relativa importancia.

Desde el 28 de Noviembre próximo pasado al 11 del actual, han entrado por este puerto, procedentes de España, 60 210 hectólitros de vino, habiendo devengado derechos de aduana 61.655. En igualdad de tiempo los demás países enviaron 18.304 hectólitros. Durante el pasado Noviembre vinieron á esta plaza 131.304 hectólitros, mientras que en igual mes de 1891 las arribadas de nuestros vinos fueron de 341.342 hectólitros.

Sigue sin modificación alguna el mercado de Cete. Escasa ó nula la demanda de las clases secundarias. Para las escogidas se mantienen firmes los precios y hay alguna mayor facilidad en las ventas.

En Burdeos continúan las cosas como la semana anterior, no pudiéndose determinar precios por ser casi todos nominales y obedecer á las necesidades de cada comerciante. La tendencia, sin embargo, no es buena. Los únicos vinos que se colocan bien son los blancos y las clases muy superiores de los tintos.

Desde el 3 al 9 del actual llegaron á dicha plaza procedentes de Bilbao, Pasages, Valencia, Alicante y Argelia 4582.

En París parece iniciarse una pequeña animación. Se han llevado á cabo algunas operaciones en vinos viejos, y sucedería lo propio en los nuevos si las calidades selectas abundaran, mas como son muy raras no toman las ventas mayor importancia.

En general calma y expectación en todos los mercados.

ANTONIO BLAVIA.

COLABORACION INEDITA.

## EL CALABOZO DEL PINGOJO

No quise salir de aquella población sin visitar en la cárcel pública el calabozo que había ocupado durante su estancia en ella el que fue tan tristemente célebre y en vida conocido por el apodo de «el Pingajo.»

Me habian dicho que aquel parage dentro de la prisión se conservaba vacío, tal y como estaba al abandonarlo el desgraciado criminal cuando salió para la capilla y que en sus paredes se conservaban intactas infinidad de máximas y consejos que su desesperada situación sugirió al reo.

Cuando llegué al establecimiento penal y al pasar por delante de la fila de soldados perezosamente sentados en un banco esperando que el turno les llegase para hacer su centinela, lo primero que mis ojos encontraron fue el letrero que con negros caracteres se destacaba sobre la blancura de la pared diciendo al lector: «Odia el delito y compadece al delincuente.»

Apenas tuve tiempo para fijar mi atención en la máxima filosófica, una puerta giró ante mí, entré y un instante después sentí que la misma puerta girando sobre sus goznes se cerró con estrépito.

Un empleado cubierto con gorra galoneada se me acercó, le entregué el permiso superior que me dieron para entrar allí, llamó á un individuo que estaba cerca de nosotros, le habló al oído y saludando me cortesmente me invitó á que

siguiese á aquel hombre que me serviría de cicerone.

El que iba á servirme de guía era un preso, pero no como los demás, se había hecho notar por su seriedad y hombría de bien dentro de la casa, como él la llamaba y fue elegido, cuando el cargo estuvo vacante, para bastonero.

El rastrillo se abrió para franquearnos la entrada, cerrándose á seguida que estuvimos dentro. No pude dominarme y me detuve un instante; me impuso el aspecto interior de la prisión, tan distinto á todo otro y enteramente nuevo para mí; aquella atmósfera pesada, la vista de grillos y cadenas colgadas á la izquierda de la entrada, el ruido de llaves al chocar unas entre otras movidas por el carcelero y el sonar de los cerrojos al correr con férreo chirrido en las anillas que los ceñían.

Conducido por mi guía pasé de un departamento á otro; el edificio era muy grande y capaz para contener las tres clases de cautivos que encerraba entre sus muros, á saber: hombres, mujeres y niños.

En el primer patio, que era muy grande, había muchos hombres, paseando los unos, sentados otros, formando parejas y grupos, algunos estaban solos. Un viejecito á quien acusaban por hurto con la agravante de reincidencia, sentado en cuclillas junto á la pared, cruzaba las manos y mirando al cielo azul sonreía con tristeza.

Me pareció leer en aquella mirada y aquella sonrisa toda la expresión de un deseo angustioso y pensé si aquel pobre cautivo en un momento de desesperación se acordarse de que la ley castiga á los que se apropia de lo ajeno contra la voluntad de su dueño.

Al pasar por delante de los presos, todos se detenan á mirarme saludándome con respeto; todos aquellos, que en la calle me hubieran mirado con indiferencia ó con rencor tal vez, con ese particular rencor con que suelen mirar los más pobres á los mejor acomodados, sin meterse en filosofías ni consideraciones de ninguna especie.

Precedido por el guía bajé al calabozo objeto de mi visita, pequeño recinto, bajo techo, de poca anchura y poca extensión, sin más luz que la claridad que penetraba por una reja colocada á la altura del techo. En el fondo y adosado á la pared había un escalón de piedra que tantas veces sirvió de asiento al Pingajo. Un montón de paja estaba arrimado, paja húmeda y negruzca y mal oliente donde durmió el último sueño el prisionero. Lei las máximas que dejó escritas en las paredes, copié algunas precipitadamente y pedí que me sacaran de allí; hubo un momento en que influido por no sé qué fatal alucinación, me creí ser yo mismo el Pingajo, sentí en mis pies la dureza del grillo que los oprimía, me pareció hasta sentir la pesada horrible cadena, escuchar los golpes sobre la madera del patibulo que en el exterior se construía y hasta murmurar en mi oído la voz del sacerdote pronunciando una oración encomendando mi alma. Creí perder el sentido, al salir el aire más variable de la galería dando de lleno en mi rostro, tranquilizó mi espíritu.

Procuré salir pronto á la calle: no pude evitarme al pasar por la ratonera, como llamaban á la prisión de los muchachos, mirar adentro.

Una porción de infelices criaturas, todos pálidos, desarrapados y sucios, jugaban allí dentro sin preocuparse lo más mínimo de su situación. Uno de ellos que apoyaba su rostro entre dos hierros de la reja, siseándose me llamó mi atención, al mirarle me hizo una mueca grotesca y me saludó con ademán canallesco.

Cada vez más disgustado de haber ob-

servado de cerca tantos y tan tristes detalles, procuré salir de la prisión, al llegar al rastrillo y salir afuera, el mismo empleado de antes se dispuso á despedirme hasta la salida de la triste mansión aquella.

Al ganar la primera puerta miré á mi frente y en la blanca pared lei otra vez la máxima que ya antes había leído «Odia el delito y compadece al delincuente».....

Salí tristemente impresionado y disgustado conmigo mismo por haber visitado el establecimiento penal. No he vuelto á visitar otro, ni volveré según espero; alguna vez me han invitado á ello, siempre he rehusado teniendo presente la serie de tristes impresiones que experimenté el día que visité el calabozo del «Pingajo».

DIONISIO MORQUECHO.

## LOS FISONOMISTAS.

Tengo yó un amigo, buen fisionomista él, con el que me agrada echar un rato de palique de cuando en cuando, porque habla con todas las exajeraciones y los muchos defectos del lenguaje andaluz.

Dice diferencia, mendigo, pista, sube pa riba, luego-después y otras cosas que me hacen reir mucho.

El sabe que soy mal fisionomista, y sabe esto porque en varias ocasiones y ante su presencia he confundido con otras á ciertas respetables personas, muy conocidas, que en nada se parecían efectivamente.

Un día que fuimos de visita á cierta casa observé que en una estrecha habitación estaban dos señoras sentadas, haque me extrañó sobremanera.

Al verlas di un paso atrás, parodiando á Lagartijo y deteniendo á mi amigo le dije al oído:

Esas dos señoras no son tales señoras; las he conocido en la voz.

Son dos bandidos disfrazados: la que representa más edad es el bizzo del Borje y la otra Frasco-Antonio.

—Pero hombre.....

—Lo que oyes; vámonos de aquí.

Trabajo le costó á mi amigo convenirme de que aquella señora anciana era su suegra, profesora en partos y la otra una señorita madrileña que había venido á los baños y quería de paso, evacuar aquí un asunto de importancia.

Todos erramos alguna vez en nuestra vida.

Mi amigo á pesar de ser tan fisionomista se equivocó también una mañana que pasábamos por la puerta de una iglesia. Me hizo entrar en el templo y señalándome con la vista á un digno sacerdote conocido mio desde muchos años me dijo:

—Fíjate en él. ¿Le conoces?

—Sí, es D. Cirilo: un buen hombre.

—¡Ay que torpe eres! me contestó; ese que ves es D. Juan Espantaleón. ¡Sus diabluras!

—Calla, hombre, calla: Espantaleón es un verdadero artista de talento é incapaz de burlarse de nadie.

Esta vez no se convenció mi amigo porque... ¡la verdad! es algo bruto, por cuya razón me parece comprometido discutir con él. Si fuésemos á discutir con todos los brutos que nos salen al paso... ¡ave María purísima! sería cosa de no poder vivir en el mundo.

Así es que yo no le hago caso; me río de sus cosas y nada más.

No hace muchos días quería hacerme creer que teníamos en esta ciudad á don Jaime de Borbón disfrazado de vendedor ambulante y al manifestarle que tenía deseos de conocerlo me instó á que le acompañase á donde según él podíamos verle: en efecto, fuimos hasta el Mercado á tiempo que pasaba un chico con una canasta al cuadril pregonando su mercancía.

—Ese es, me dijo. —¡Pobre D. Jaime! exclamé sin poder contener la risa.

SALVADOR MONTERO.

Málaga.

## Variedades

HEMERIDES HISTÓRICAS.

22 DE DICIEMBRE DE 1472.

Sumisión de Barcelona y entrada en la ciudad de D. Juan II de Aragón.

Accediendo D. Juan II de Aragón á las exigencias de su entrometida y ambiciosa consorte D.<sup>a</sup> Juana Enriquez, tuvo á bien anular los derechos de sucesión que correspondían al príncipe de Viana D. Carlos, como hijo de su primera esposa D.<sup>a</sup> Blanca.

Tan extraña cuanto arbitraria providencia produjo, como era de esperar, el alzamiento de diferentes ciudades principalmente de las enclavadas en el territorio catalán, donde la sublevación llegó á tomar tan grave aspecto, que el mismo monarca estuvo á punto de ser víctima de las iras del pueblo, y para contener este y otros excesos se vió obligado á aceptar el humillante y depresivo tratado de paz que en Villafranca fue presentado á D.<sup>a</sup> Juana.

Por uno de los artículos del mismo, le estaba prohibido el penetrar en aquel territorio sin expreso conocimiento de los catalanes, y con tal escrúpulo mantuvieron firme este precepto que, cuando pagado algún tiempo y muerto ya el príncipe contra suya como lo habían estado anteriormente.

Nada bastó ya para contener el desfrenado popular; las ciudades en masa formaron inmensas levadas, destituyeron al monarca, aclamaron conde de Barcelona á Enrique IV de Castilla, después al infante D. Pedro, Condestable de Portugal, luego al Duque de Anjou, Renato «el Bueno», y puestos al mando de su hijo Juan de Lorena, triunfaron en Barcelona, tomaron el Ampurdán y recobraron la ciudad de Gerona.

Pero al propio tiempo D. Juan II, en combinación con su aliado Luis XI de Francia, restableció su soberanía en Figueras, Villafranca, Tarragona, Rosellón, Cerdeña, Prados del Rey, castillos de Amposta y de Tortosa y otros sitios.

Estos desastres, unidos al mayor que experimentaron los sediciosos cual fue la muerte de Juan de Lorena, acabaron de debilitar el poder de los mismos hasta el punto de no contar ya con más ciudad que la de Barcelona, y para eso con pareceres muy divididos.

La tranquilidad del reino, los sollozos de las madres, los infortunios sufridos, clamaban ya por el restablecimiento de la paz, y como por otra parte veíanse privados de hacer frente al horroroso bloqueo que estaban sufriendo, transigieron al fin con volver á la obediencia del rey, si bien imponiendo privilegios y condiciones tan ventajosas para ellos, que solo se concibe que D. Juan las aceptara á trueque de acabar con aquella prolongada y sangrienta discordia.

OHARADA

Tercia y cuarta recorri

Solo por tí.

con dos cuarta me alumbre

no sé por qué.

Por el prima y dos mayor

yo siento amor.

Y prima y cuatro escribí

con frenesí.

Si el todo alcanzo, nifia hechicera

nos caseremos cuando Dios quiera